

Nabucodonosor echar en el horno de fuego (g), porque no quisieron adorar su estatua, se escribe que como el fuego no les hiciese algun daño, inflamados sus corazones con otro mayor fuego de amor de aquel Señor que así los había amparado, comenzaron á entonar aquel cántico, que comienza: *Benedicite omnia opera Domini Domino (h)*: en el cual convidan á todas las criaturas del cielo y de la tierra, y del aire, á que juntamente con ellos alaben aquel Señor, que así tuvo por bien socorrer á sus fieles siervos. Pues ¿qué ménos harían estos santos mártires, viéndose cercados de tantas fieras, sin recibir molestia dellas? ¿Qué gracias, qué alabanzas y bendiciones darian al Señor, que así los defendió y favoreció en esta batalla? Y ¿cuán de buena gana ofrecerían las cervices al cuchillo por tal Señor, mayormente esperando luego tras del cuchillo la corona, que casi ya tenían en las manos?

Pudiera también referir aquí otros favores semejantes que hacía el Señor á sus mártires, y especialmente á las vírgines de que arriba hecimos mencion para confirmacion desta verdad.

CAPITULO XVII.

De la décimacuarta excelencia de la fe y religion cristiana, que es haber sido confirmada con el testimonio de innumerables mártires.

Presupuesto el preámbulo, síguese que tratemos de la victoria maravillosa de los santos mártires, y del testimonio que con ella nos dieron de la fe católica. Para tratar desta materia conviene traer á la memoria aquellas dos espirituales ciudades que Sant Augustin describe en los libros de la Ciudad de Dios (a): que son Hierusalem y Babilonia; cuyos moradores, y caudillos, y oficios son muy diferentes. Porque los moradores de Hierusalem son todos los buenos; mas los de Babilonia todos los malos. El caudillo de los unos es Cristo, y de los otros es el demonio. Aquella ciudad edifica el amor de Dios, que llega al desprecio de sí mismo; mas esta edifica el amor propio, cuando llega á despreciar á Dios por amor de sí. Los moradores destas dos ciudades tienen perpetua guerra unos con otros. Porque, como dice Salomon (b), abominan los justos al hombre malo, y abominan los malos al hombre bueno. Asimismo el Eclesiástico dice (c): Contra el mal el bien; y contra la vida la muerte: así al varon justo es contrario el pecador. Y esta guerra no es nueva, porque comenzó con el mismo mundo, cuando mató Cain á su hermano Abel (d), no por otra causa sino, como dice Sant Juan (e), porque las obras de Abel eran buenas y las de Cain malas.

Pues cada una destas ciudades tiene sus combatientes y defensores. Contra la ciudad de Babilonia pelea Cristo con los suyos; mas contra Hierusalem el príncipe deste mundo con todos sus aliados. En la una parte pelea el espíritu, en la otra la carne, pretendiendo derribar y ahogar el espíritu. La joya por que una parte pelea es la gloria de Dios; y el fin porque la otra guerra es el interes del amor propio, despreciada la gloria de Dios.

Pues como el principado desta ciudad de Babilonia fuese tan contrario y tan injurioso á la gloria de Dios, y estuviere tan extendido por toda la redondez de la tierra (donde el verdadero Dios estaba olvidado y el príncipe

(g) Dan. 3. (h) Ibidem. (a) Aug. de Civ. Del. lib. 15. c. 1. et 2. et lib. 18. c. 18. tom. 5. It. in Psalm. 64. tom. 8. etc. (b) Prov. 29. (c) Ecl. 33. (d) Gen. 4. (e) 1. Joan. 3.

deste mundo en su lugar adorado), indignándose el Hijo de Dios por la injuria de su padre, y compadeciéndose de la ceguedad de los hombres, vino á este mundo á pelear con esta bestia fiera y desterralla dél. Esto es lo que todos los padres antiguos continuamente le pedían. Porque esto deseaba David (f) cuando pedía que este potentísimo Señor se ciñese su espada y la pusiese sobre el muslo para pelear con este enemigo. Esto mismo pedía Esaías cuando decía (g): Levántate, levántate y vistete de fortaleza, brazo del Señor; levántate, como en los días antiguos y en las generaciones de los siglos. ¿Por ventura no eres tú el que heriste al soberbio y llagaste al dragon? En las cuales palabras el Profeta pide al Salvador, que así como al principio de la creacion de las cosas derribó á Lucifer del cielo, así agora lo destierre del mundo que tiene tirannizado. Y esta victoria denunció el mismo Profeta (h), cuando hablando de las obras deste Señor dijo, que venía á predicar al mundo un año de jubileo y un día de venganza: el jubileo para los pecadores, y el día de venganza para los demonios que traían engañados los hombres. Y este mismo día de venganza y de victoria prometió el mismo Señor poco ántes de su pasion cuando dijo (i): Agora ha de ser juzgado y sentenciado el mundo; agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado sobre la tierra, esto es, puesto en la cruz, todas las cosas traeré á mí. Y esto mismo vió en espíritu Sant Juan en el Apocalipsi (k), donde dice que vió descender del cielo un ángel, el cual tenía la llave del abismo, y traía una gran cadena en su mano, y con ella prendió al dragon, serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y lo encerró en el abismo y selló la puerta dél para que no engañase mas las gentes. Pues este ángel es Cristo nuestro Salvador segun la naturaleza humana; el cual, por virtud de su gracia, y por medio de sus apóstoles y varones apóstólicos desterró esta fiera del mundo, para que no fuese mas adorada, como hasta entónces lo había sido.

Mas veamos agora qué soldados escogieron estos dos capitanes para esta batalla, y con qué género de armas armó cada uno á los suyos. Pues Cristo primeramente escogió para esta conquista unos rudos, y pobres y ignorantes pescadores, hombres sin letras, sin nobleza, sin elocuencia y sin otra valía humana. Y á estos armó él, no con armas de hierro, sino con el favor y gracia del Espíritu Sancto, y de todas las virtudes, y señaladamente con aquellas tres mas principales que miran y honran á Dios, que son fe, esperanza y caridad; mas estas no en grado remiso, sino perfecto; no como las tienen los principiantes, sino como las poseen los perfectos. Lo cual conviene que declaremos en este lugar.

Pues para entendimiento desto es de saber, que la inmensa bondad de nuestro Señor, de tal manera trata en esta vida á sus familiares amigos (cuando los ve ya destetados del mundo y descarnados de toda carne, y hechos hombres espirituales y divinos), que les da una cata de aquel vino celestial, y unas como primicias de aquellos bienes eternos, de que para siempre han de gozar, como arriba declaramos. Porque en esta moneda paga él ciento por uno en este mundo, como lo promete en su Evangelio (l), haciendo mercedes y dando grandes consolaciones á los que por su amor renunciaron todas las consolaciones del mundo. Pues conforme á esto digo,

(f) Psalm. 44. (g) Esaf. 51. (h) Esaf. 61. (i) Joan. 12. (k) Apoc. 20. (l) Matth. 19.

que estas tres virtudes, que llamamos teologales, tienen sus propios galardones en el cielo. Porque á la fe se dará en premio la clara vision, y á la esperanza la posesion, y á la caridad la fruicion y gozo del summo bien. Pues este especial favor hace nuestro Señor á los varones perfectos en esta vida, que vengan á participar una semejanza de la gloria que á estas tres virtudes se ha de dar en la otra. Porque la fe en los tales llega á estar no solo fortificada, sino esclarecida con los dones del Espíritu Sancto, del tal modo, que á muchos de ellos parece que no creen sino que ven la verdad de los misterios de la fe. Asimismo tienen tan firme, tan viva y tan segura la esperanza de la gloria, que les parece que ya la tienen en las manos. Y estos son de quien communmente se dice que tienen la muerte en deseo y la vida en paciencia por la firmeza desta esperanza: la cual en algunos era tan grande, que prometían favores á otros cuando se viesen en el cielo, como se escribe de nuestro padre Sancto Domingo. Pues la caridad, que es la reina de las virtudes, tienen estos tan abrasada y encendida, que arden en amor de Dios; y gozan á veces de tan grandes alegrías que no hay palabras para las explicar. Porque estas corresponden al premio que se da á la caridad, que es la fruicion del mismo Dios. Y de aquí les nace un tan gran deseo de agradar á un Señor que tan amable y tan suave se les ha mostrado, que desean padecer mil géneros de tormentos por él. Y así de muchos mártires se escribe, que ellos mismos, tocados deste divino fuego, voluntariamente sin ser buscados se ofrecían al martirio, como adelante verémos.

Pues tornando al propósito, estas eran las armas con que nuestro capitán armó sus caballeros, para pelear con los principados y poderes del mundo, con fe tan esforzada y clarificada, con esperanza tan segura y tan confiada, y con caridad tan encendida y abrasada, como está dicho. Confirmados pues con estas tres virtudes sabian certísimamente que acabada la postrera boqueada, y acabando de correr los filos de la espada por la garganta, en ese mismo instante, sin mas dilacion, habían de ver y gozar de aquella infinita hermosura que tanto amaron, y que sus ánimas habían luego de ser llevadas por los santos ángeles con coronas de martirio á ser colocadas entre los coros de los santos, donde para siempre gozarian de deleites eternos, y de bienes que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazon humano pudieron haber. Pues con tales armas ¿quién no se esforzara? Quién no se animara? Quién no peleara alegremente contra todo el poder del mundo?

§. I.

Calidad y armas de los soldados con que se peleó en esta guerra.

Agora veamos cuáles fuéron los soldados, y cuáles las armas con que el príncipe deste mundo peleó contra el ejército y reino de Cristo. Esto nos representa Sant Juan en una maravillosa vision que él relata en su Apocalipsi, en la cual (resumiéndola en pocas palabras) dice (m): Que apareció una gran señal en el cielo, que fué una mujer vestida del sol, con la luna debajo de los piés, y con una corona de doce estrellas en la cabeza; la cual padecía grandes dolores por parir, y apareció otra señal en el cielo, que fué un dragon grande y rojo, con diez cuernos y siete cabezas. Y este dragon estaba delante de la mujer, para tragar el hijo que pariese; y ella parió un hijo varon, el cual había de regir las gentes con

(m) Apoc. 12.

vara de hierro. Esta mujer que aquí pinta Sant Juan todos sabemos que es la Iglesia; y estar ella vestida del sol (que es Cristo, sol de justicia) nos representa estar ella adornada, hermoçada y enriquecida con los méritos y gracia de Cristo, y inflamada en su amor. Desta manera de vestidura hace mencion el Apóstol (n) cuando dice: Todos los que habeis sido bautizados estáis vestidos de Cristo. Tener esta mujer la luna (que es tan mudable) debajo los piés, nos representa el desprecio que los santos tienen de todas las cosas desta vida, que son mas mudables y mas inconstantes que la misma luna. La corona adornada con doce estrellas, es la gloria que tiene la Iglesia de haber sido fundada con la doctrina de los doce apóstoles; los cuales recibieron primero que todos las primicias de la gracia, y bebieron de la misma fuente de vida. Los dolores grandes que esta mujer tenía por parir, nos representan los grandes deseos que la Iglesia tenía de dilatar la fe por todo el mundo, y de engendrar hijos espirituales á Cristo su esposo. El dragon grande y rojo que estaba para tragar el hijo que la mujer pariese, es el demonio, príncipe deste mundo, cuyo color dice que era rojo, para significar la sangre de los mártires, que él por medio de sus ministros había derramado. Los diez cuernos que tenía en la cabeza, fuéron diez emperadores romanos, que precedieron ántes del imperio del cristianismo Constantino; por los cuales levantó el dragon las diez persecuciones que communmente se cuentan de la Iglesia. Las siete cabezas significan otra manera de persecuciones de astutísimos herejes, por cuyo medio el dragon levantó otras persecuciones mayores que las pasadas, con las artes y astucias destes herejes. Decir que este dragon estaba la boca abierta, esperando tragar el hijo que la mujer pariese, nos representa el furor y ardor que aquel dragon infernal tenía de extinguir y desterrar del mundo el nombre de Cristo.

Pues por esta figura primeramente se entenderá cuáles eran los soldados de que el demonio se sirvió para hacer guerra al reino de Cristo: que fuéron por una parte los emperadores y monarcas del mundo, y por otra los astutísimos herejes, que le hacían guerra mas cruel; porque la persecucion de los unos principalmente tiraba á los cuerpos; mas la otra con astucias de argumentos hacia mas cruel guerra á las ánimas; y así la una hacia mártires, la otra herejes.

Las armas con que el dragon armaba estos tiranos, eran engaños y mentiras: que son las armas propias deste padre de la mentira, con las cuales venció los dos primeros hombres del mundo. Porque hacia creer á los emperadores que aquellos ídolos eran verdaderos dioses, y que con su favor habían señoreado el mundo, y con él habían de conservar este señorío; y que faltando este culto dellos se perdería. Y porque esta religion de Cristo con todas sus fuerzas destruía, y condenaba, y escupía estos sus dioses, conservadores (como ellos imaginaban) de su imperio, encruelciábase en tanto grado contra ella, que todo su estudio y ingenio, y todas sus artes y fuerzas empleaban en desterrarla del mundo. Y con esto pensaban vengar las injurias de sus dioses, y aplacarlos y alcanzar dellos no solo la conservacion de su imperio, sino la salud, y la prosperidad y abundancia de los bienes temporales. Y así en las leyes perversísimas que hizo Maximino escribir en tablas de metal contra los

(n) Galat. 3.

cristianos (mandando aprehender á los niños de coro las blasfemias contra el Salvador, y que se compusiesen dellas cantares para cantar por las calles), daba por razon dellas, que despues que los cristianos eran desterrados de sus tierras, habia serenidad en el cielo, y la tierra daba frutos en mayor abundancia, y todas las cosas succedian prósperamente. Y por tanto, que era cosa muy provechosa que aquella ley se guardase para alcanzar y conservar la gracia de los dioses, á los cuales ningunos sacrificios se podian ofrecer mas agradables que la persecucion y destierro desta aborrecible gente de todos los lugares donde su Majestad es adorada. Tales falsedades y blasfemias hacia creer aquel padre de la mentira á estos sus ministros; y estas eran las armas con que hacian guerra cruel á la Iglesia. Donde se ve cuán desiguales eran así los soldados como las armas de la una parte y de la otra. Porque los soldados de Cristo eran pescadores; los del dragon eran emperadores. Las armas de aquellos eran la fe de la verdad; las destes eran la mentira y falsedad.

Pues con esta persuasion mentirosa encendidos los ánimos de los tiranos, ¿qué artes, qué invenciones de tormentos no buscaron para atormentar los sanctos! Comun cosa era degollar, quemar, azotar con muchas diferencias de azotes, hasta consumir las carnes, y llegar á los huesos, y sacar el alma del cuerpo con ellos; á otros arrastraban y despedazaban á las colas de los caballos; á otros aspaban en unos maderos, y allí rasgaban sus carnes con garfios de hierro; á otros abrian por medio, y los cortaban en los tajones de la carnicería, y los echaban en la mar, para que los comiesen los peces. A otros, dice Suetonio Tranquilo y Cornelio Tácito en la vida de Neron, que echaban á los perros, vistiéndolos primero de pieles de fieras, para que los lebreles con mayor furia los acometiesen y despedazasen. Otros hubo que desnudaron y ataron de piés y manos, y en la fuerza del invierno los pusieron sobre una laguna de agua helada, descubierta al norte en una noche fria, para que estuviesen toda ella penando con aquel nuevo tormento; y junto á esta laguna estaba aparejado un baño con aguas calientes, para que el mártir tuviese á la mano el remedio, si quisiese descenderse de su propósito. Y desta manera padecieron cuarenta soldados, cuyo glorioso martirio celebra Sant Basilio en una elegantísima homilía.

Mas no contentos los tiranos con un solo linaje de tormentos, ejecutaban en el cuerpo del mártir unos sobre otros, para que si no quedaba vencido con los unos, lo fuese despues de ya debilitado con los otros. Esto se ve en la variedad de los tormentos con que muchos sanctos mártires fueron atormentados, especialmente Sant Lorenzo, Sant Vicente, Sancta Agueda, Sancta Dorotea, Sancta Olalla, Sancta Martina. Y de un S. diácono, por nombre Clero, se escribe en su calenda, que es á siete de enero, que siete veces fué atormentado, y despues por largo tiempo encarcelado, y al fin degollado. Tan insaciable era la sed que los tiranos tenían de la sangre de los mártires. Y á veces el número de los que padecian era grande; porque en la calenda del dia del nascimiento de nuestro Salvador se lee el martirio de la sancta vírgen Anastasia, la qual con docientas mujeres y setecientos hombres fué desterrada á las islas Palmarias. Los cuales todos con diversos martirios glorificaron á su Criador, y ofrecieron la vida al que se la habia dado. Mas este es

pequeño número en comparacion de otros de que adelante harémos mencion, y particularmente de diez mil mártires y once mil vírgenes, las cuales en un dia corrieron con guirnaldas de rosas y azucenas al tálamo del Esposo celestial, donde siguen al Cordero por do quiera que va.

Esto se ha dicho así en general; mas porque esta materia es de grande edificacion para nuestras vidas, y de grande admiracion, viendo el poder inestimable de la divina gracia, me pareció debía decender á tratarla mas en particular, recontando las batallas y fortaleza de algunos esclarecidos mártires.

Prólogo sobre las historias y batallas gloriosas de los sanctos mártires que aquí se cuentan.

Sentencia es muy celebrada de Platon, que si se pudiese ver la hermosura de la virtud con ojos corporales, robaria y llevaria tras sí los corazones de los hombres. Y si esto há lugar en cualquiera de las virtudes, mucho mas en las que tienen respecto á Dios, y tienen por oficio honrarle, crearle, amarle, y fiarse dél; porque las tales tienen un altísimo y nobilísimo objeto á que miran, que es Dios, Señor de todo lo criado. Entre las cuales aquellas tienen el principado que summamente glorifican á Dios, y desta manera le glorifican los hombres que por mantener la fe, lealtad, y reverencia que se debe á aquella inmensa Majestad, se ofrecen no solo á perder la vida, sino á perderla con cruellísimos y terribles tormentos. Pues si cualquiera otra virtud, segun la sentencia susodicha, es tan hermosa, ¿cuánto será mayor la hermosura de la virtud que á este supremo grado hubiere llegado, que es el mayor sacrificio que el hombre puede ofrecer, y lo último adonde puede sublimar la gracia á un hombre mortal? Es tan grande esta hermosura, que (como dice el Apóstol) (o) viene á ser un hermoso y admirable espectáculo no solo á los hombres y ángeles, sino al mismo Dios que summamente se alegra viendo pelear y triunfar la carne flaca de toda la potencia del mundo y del infierno por su fe y amor. En esto se conoce la virtud de la gracia, y la eficacia de la redempcion de Cristo, por quien esta gracia se da. Y porque aquellos á quien Dios ha dado ojos para ver esta hermosura se edifican y deleitan grandemente leyendo las batallas y triunfos de los mártires, y aquella espantosa constancia que tuvieron así los hombres como las mujeres flacas entre tanta furia y rabia de tormentos, parecióme que debía extenderme mas en esta materia para dar este gusto y contentamiento al cristiano lector, mayormente siendo este un tan grande argumento y confirmacion de nuestra fe, que es lo que en esta segunda parte desta escriptura pretendemos. Porque tal fortaleza y constancia nos dan claro testimonio de la virtud y asistencia de Dios. Ca de otra manera, ¿cómo pudiera (pongo por ejemplo) la vírgen Sancta Olalla, de edad de trece años, padecer tantas invenciones de tormentos nunca vistos, si no estuviera toda su ánima llena de Dios? Pues ¿qué diré de la vírgen Sancta Agueda, que siendo muy noble y delicada iba con tan grande alegría á la cárcel como si fuera á desposorios? Donde primero la colgaron, y cruellísimamente azotaron, y despues retorcieron uno de sus virginales pechos, y se lo cortaron de raiz. Y tras esto licieron una cama de cascós de tejas puntiagudas,

(o) 1. Corint. 4.

y juntamente de carbonés encendidos, para que el cuerpo ya llagado de los azotes tuviese para su refrigerio aquella nueva invencion de cama en que descansase. Pues ¿qué corazón pudo inventar un tan nuevo género de crueldad para un cuerpo tan delicado? ¿Qué diré de la vírgen Sancta Bárbara, á la cual tenia su padre encerrada en una torre por la grandeza de su hermosura, la cual su mismo padre, tomado del vino ó veneno de la infidelidad, sabiendo que era cristiana, la acusó y presentó al juez: el cual primeramente la mandó desnudar y azotar tan cruellmente con niervos de toro, que corria sangre de su cuerpo por todas partes, y así desnuda la mandó poner en la cárcel. Y otro dia viendo que ni con este tormento habia podido vencer su constancia, mandó aplicarle dos hachas ardiendo á los dos lados de su cuerpo, y despues mandó que le diesen muchos golpes con un martillo en la cabeza, y tras esto, que le cortasen á cercen ambos sus virginales pechos. Y como si todo esto fuera poco, mandó que la trajesen por toda la ciudad desnuda azotándola cruellmente. Y viendo el perverso juez la fortaleza y perseverancia de la vírgen, y que ya ni habia mas tormentos que probar, ni mas cuerpo en que los ejecutar, mandó finalmente que la llevasen á degollar, adonde iba la sancta vírgen con grande esfuerzo y alegría, y allí por manos de su propio padre, mas cruel que todas las fieras, fué degollada; para que así se cumpliese lo que el Salvador habia profetizado (p), diciendo: Que hasta los padres habian de entregar á la muerte sus propios hijos por odio de la fe. Desta manera la sancta vírgen, pasando por tantos fuegos, envió su purísimo espíritu á Dios, y así dió fin á esta gloriosa batalla. Donde no solamente nos pone admiracion la constancia destas vírgenes, sino mucho mas el alegría del padecer, y la libertad con que respondian y reprehendian la crueldad y infidelidad de los jueces, sin hacer caso de que con esto los acedaban y encruelcian mas contra sí. Pues ¿cómo pudieran doncellas tan delicadas vencer tan grandes batallas, si no estuvieran armadas con tan grande fe, con tan encendida caridad, con tan grande fortaleza, y con tan firme confianza, que ya les parecia que veian aparejada la corona, y así corrian alegremente á recibirla de las manos del Esposo celestial? Y siendo tanta la flaqueza de las mujeres, que basta ver una espada desnuda, ó un poco de sangre, para caer en tierra amortecidas, estas, viendo tantos instrumentos de crueldad y tanta sangre derramada de sus cuerpos, no solo no desmayaban, mas ántes se alegraban y daban gracias por su pasion. Pues siendo tan natural en todas las criaturas el amor de la vida, y el temor de la muerte, y siendo los cuerpos humanos tan sensibles, que no pueden sufrir una punzada de alfiler, ¿cómo pudieran estas doncellas vencer tales batallas, y levantarse sobre todas las leyes y fueros de naturaleza, si no tuvieran dentro de sí al autor y señor della? Y siendo él mismo el que peleaba y vencía en ellas, síguese que era verdadera la fe y religión que el mismo Dios con la fortaleza de sus ánimos testificaba. Por lo cual decimos ser esta una grande confirmacion de nuestra fe. A lo cual se puede aplicar aquella sentencia del Apóstol (q), en que dice: Que lo flaco de Dios es mas fuerte que toda la fortaleza de los hombres; pues toda ella no bastó para vencer la constancia destas doncellas tan flacas: ántes ellos quedaron vencidos, y las vírgenes vencedoras.

(p) Matth. 10. (q) 1. Corit. 1.

Donde tambien es mucho de considerar que entre los misterios de nuestra fe, uno de los mayores, que es el de la pasion y muerte de nuestro Salvador, señaladamente se confirma con las victorias de los mártires. Porque como sea tan grande el número dellos, que parece competir con el de las estrellas del cielo, y hayan sido tan extrañas las invenciones de tormentos que ellos vencieron, y ser esta la mayor gloria que toda la naturaleza humana esforzada con la gracia puede dar á su Criador, hácesenos luego muy creible que el Hijo de Dios que tanto deseaba la gloria de su eterno Padre, se ofreciese á todos los tormentos y ignominias de su pasion, porque con el ejemplo y esfuerzo della peleasen ellos mas animosamente, viendo á su Dios y Señor ir en la delantera para esforzarlos. Por lo cual bastando una sola gota de su preciosa sangre para redimir el mundo, quiso derramar á poder de tormentos cuanta tenia, por dar este tan grande esfuerzo á los mártires, y esta tan grande gloria á su eterno Padre con la fe y constancia dellos. La cual gloria deseaba él con tan gran deseo, que aunque no hubiera otra causa para padecer sino esta, por sola ella padeciera, y diera por bien empleados todos sus trabajos aunque mas no hubiera. Esta consideracion entenderán mejor los que tuvieren ojos para saber mirar y estimar la constancia y fortaleza destes gloriosísimos caballeros.

Agora querria preguntar á los que leen libros de caballerías fingidas y mentirosas, ¿qué los mueve á esto? Responderme han que entre todas las obras humanas que se pueden ver con ojos corporales, las mas admirables son el esfuerzo y fortaleza. Porque como la muerte sea (segun Aristóteles dice) la última de las cosas terribles, y la cosa mas aborrecida de todos los animales, ver un hombre despreciador y vencedor deste temor tan natural, causa grande admiracion en los que esto ven. De aquí nace el concurso de gentes para ver justas, y toros, y desafíos, y cosas semejantes, por la admiracion que estas cosas traen consigo: la cual admiracion (como el mismo filósofo dice) anda siempre acompañada con deleite y suavidad. Y de aquí tambien nace que los blasones y insignias de las armas de los linajes comunmente se toman de las obras señaladas de fortaleza, y no de alguna otra virtud. Pues esta admiracion es tan comun á todos y tan grande, que viene á tener lugar no solo en las cosas verdaderas, sino tambien las fabulosas y mentirosas; y de aquí nace el gusto que muchos tienen de leer estos libros de caballerías fingidas. Pues siendo esto así, y siendo la valentía y fortaleza de los sanctos mártires sin ninguna comparacion mayor y mas admirable que todas cuantas ha habido en el mundo (pues basta para ser, como dijimos, un hermosísimo espectáculo para Dios y para sus ángeles), y siendo sus historias no fabulosas ni fingidas, sino verdaderas, ¿cómo no holgarán mas de leer estas tan altas verdades, que aquellas tan conocidas mentiras? A lo ménos es cierto que los sanos y buenos ingenios, mucho mas han de holgar de leer estas historias que las de aquellas vanidades, acompañadas con muchas deshonestidades con que muchas mujeres locas se envanece, pareciéndoles que no ménos merecian ellas ser servidas, que aquellas por quien se hicieron tan grandes proezas y notables hechos en armas. Pues como yo no deba tener cuenta con estómagos y gustos tan dañados, sino con los sanos, á estos sé que hago gran servicio refiriendo estas historias tan gloriosas y provechosas; pues con ellas (entre otros muchos frutos), como ya

dijimos, se confirma la verdad de nuestra fe. Ni se puede alegar contra esto, que algunos padecieron en defension de sus sectas engañosas, porque estos han sido muy pocos, y los nuestros son innumerables. Ni tampoco se puede decir que se engañarian los nuestros como gente simple, pues entre los mártires hubo gran número de sacerdotes y obispos doctísimos en todo género de doctrinas, á vueltas de otros grandes filósofos (como fué Sant Dionisio, y Justino mártir y otros tales), los cuales no se habian de ofrecer á morir, y morir con tan extraños tormentos, sin mucha consideracion y muy claro conocimiento de la verdad, porque no es tan liviano negocio la muerte, que los hombres sabios se ofrezcan á ella sin mucho peso y deliberacion, y sin muy seguras prendas y conocimiento de la verdad.

Y porque sería cosa infinita y ajena de nuestro instituto entremeter aquí todas las historias de los mártires que se cuentan en catorce persecuciones de la Iglesia (como ya dijimos) (r), solamente referiré aquí algunos pedazos de tres: de las cuales una fué de Diocleciano, otra de Antonino Vero, emperadores romanos, y otra de Sapor, rey de los persas, sacadas fielmente, parte de la historia Tripartita, y parte de la eclesiástica de Eusebio aprobada por la Iglesia. Y con estas juntaré el martirio de Sancta Martina virgen, y de Sancta Olalla, y de Sant Policarpo, discípulo de Sant Joan Evangelista; por ser muy dignos de ser sabidos.

CAPITULO XVIII.

Persecucion de Diocleciano y Maximiano.

Corria el año diez y nueve del imperio de Diocleciano en el mes de marzo, acercándose la alegre solemnidad de la Pascua, cuando por toda la redondez de la tierra se pregonaban los edictos del César: que todas las iglesias (do quier que estuviesen edificadas) fuesen derribadas por el suelo; y todos los volúmenes de las divinas Escrituras fuesen quemados; y si alguno de nosotros tuviese alguna dignidad ó oficio, fuese privado dél, y quedase infame; y si alguno tuviese cristiano esclavo, que nunca pudiese ser el tal cristiano libre. Tales cosas contenian las primeras leyes que contra nosotros se establecieron. Despues de algun tiempo se acrecentaron, mandando que todos los prelados de las iglesias primeramente fuesen presos, y forzados con toda arte de tormentos á adorar los ídolos. Entónces viérades muchos de los sacerdotes de Cristo pelear maravillosamente á vista de Dios y de los ángeles y de los hombres, cuando con la crueldad de los perseguidores eran arrebatados á los sacrificios, y varonilmente resistian. Ca unos eran despedazados, otros atenazados, otros quemados con lañas de hierro ardiendo: de los cuales algunos fatigados consentian, otros hasta el fin perseveraban constantes. Y algunos de los perseguidores conmovidos de compasion, llevando á los nuestros á sus sacrificios, publicaban que habian sacrificado siendo falso; y de otros aun ántes que llegasen á los templos, decian que ya habian hecho lo que era mandado; y los dejaban culpados de solo consentir la infamia del delito que no habian cometido. A otros quitaban de cabe los altares medio muertos, y los echaban afuera; á otros arrastraban por los piés, y ponian entre los que habian sacrificado. Pero muchos dellos á grandes voces protestaban que no habian consentido, mas que eran cristianos y se preciaban

(r) Cap. 15.

dello. Otros con mayor libertad decian, que ni habian sacrificado ni sacrificarian en algun tiempo. A los cuales incontinentemente los oficiales de la justicia que estaban presentes, apuñeaban la boca y los ojos porque callasen, y á empellones los echaban diciendo que ya habian dado consentimiento. Tan grandes eran las astucias de los enemigos, porque á lo ménos se creyese que salian con su intento. Pero no quedaban sin respuesta de los bienaventurados mártires. Cuya virtud y fortaleza y grandeza de corazon (dado que no bastan palabras para contar en particular), pero referirémos lo que nuestras fuerzas bastaren. Y porque (segun dijimos) (a) el fuego comenzó á emprenderse contra solos los principales y constituidos en dignidad, hacian pesquisa de los caballeros que habia entre los nuestros, denunciándoles que les convenia adorar los ídolos, ó perder su nobleza y privilegios juntamente con su vida. Muchos dellos renunciaron por Cristo la caballería, y otros (aunque ménos) pospusieron las vidas. Pero como creció la llama por todos los pueblos y sus sacerdotes, no es posible hacer summa de cuántos mártires cada dia padecian por todas las ciudades y provincias.

En Nicomedia un varon noble y (segun la reputacion del siglo) ilustre, luego que vió fijado el edicto en la plaza contra los siervos de Dios, públicamente, encendido con fuego de fe quitó la carta, y á vista de todo el pueblo la hizo pedazos, estando en el pueblo el mismo Emperador y su compañero Maximiano. A los cuales como fuese hecha relacion de la religiosa y varonil hazaña del caballero de Cristo, con gran impetu y fiereza le atormentaron, y con todas sus fuerzas nunca acabaron que alguno le viese triste en las penas; mas con alegre rostro y semblante, faltándole ya carnes que fuesen llagadas, el corazon y espíritu vivia y se regocijaba. De lo cual sus verdugos mas gravemente se sentian viendo que embotaban en él todas sus armas, y no podian escurecer el resplandor de su cara. Despues deste pasaron todo su furor contra uno de los compañeros de Doroteo, que estaban siempre en la cámara del Emperador, y eran tratados como nobles; porque viendo este los demasiados tormentos que al mártir sobredicho se dieron, con alguna libertad habló mal dello; y por esto fué traído á juicio, y mandado sacrificar á los dioses. Pero resistiendo él á esto, fué mandado colgar, y despedazar todo su cuerpo con peines de hierro, para que con la angustia del dolor hiciese lo que estando sin lision despreciaba. Y como permaneciese inmóvil, fué mandado que fregasen con sal y vinagre sus carnes ya desolladas. Y sufriendo con el mismo corazon este tormento, mandaron poner unas parrillas sobre el fuego en presencia del juez, y poner encima lo que quedaba de su cuerpo gastado, para que del todo fuese consumido, no de presto, sino lentamente; para que la pena durase por mayor espacio. Puesto él así, los blasfemos ministros revolvan su cuerpo á todas partes, esperando cada vez sacar dél palabras de consentimiento; pero él perseverando fortísimamente en la confesion de la fe, y estando muy alegre por la esperanza de la corona, consumidas y derretidas en el fuego sus carnes, despidió su bienaventurado espíritu, y lo envió á su Criador. Desta manera Pedro (que este era su nombre) coronado de martirio, verdaderamente se hizo sucesor del apóstol Sant Pedro en el nombre y en la fe. Maestro deste era

(a) Cap. 16. §. 2.

Doroteo en los oficios que en palacio convenia hacer; porque era camarero mayor del César. En cuya compañía estaba asimismo Gorgonio su igual en virtud y fe y magnanimidad: por doctrina de los cuales y saludables ejemplos, todos los caballeros de la cámara real perseveraban firmes en la fe.

Pues como Doroteo y Gorgonio viesan atormentar á Pedro con tan crueles tormentos, con alta voz y fortaleza de espíritu dijeron: Emperador, ¿por qué castigas en solo Pedro el propósito y voluntad que todos tenemos así como él? ¿Por qué es él solo acusado del delito que todos conformemente confesamos? Esta es nuestra fe, esta nuestra religion y concorde sentencia. Semejantemente mandó el Emperador llevarlos á la audiencia; y despues de atormentados cuasi con las mismas penas que los primeros, los mandó ahorcar. Entónces Antimo, obispo de esa ciudad, perseverando en la misma confesion, mereció la corona del martirio echado un lazo á la garganta. Al cual, como á buen pastor que sabiamente careaba sus ovejas, siguió gran parte del rebaño.

§. ÚNICO.

De las prodigiosas hazañas de otros innumerables mártires que en diversas partes glorificaron á Cristo.

Pero entre tantas huestes de mártires (dice Eusebio) tengo por cosa digna de contar la hazaña de dos mancebos; los cuales como fuesen presos y los constriñesen á que sacrificasen, dijeron: Llevadnos á los altares; y como llegasen, pusieron las manos sobre las brasas que estaban en ellos, y dijeron: Si de aquí quitáremos las manos hacend cuenta que sacrificamos; y así perseveraron hasta que toda la carne se deshizo sobre el fuego. Pues ¿qué diré de aquellos trescientos hombres que cuenta Prudencio en el martirio de Cipriano? Ante cuyos ojos puso el tiranno un altar de sus abominables sacrificios, y una calera de cal hirviendo á par dél, diciendo que los que no quisiesen sacrificar habian de ser echados en aquella calera. Oyendo trescientos hombres estas palabras, movidos con un ímpetu del Espíritu Sancto, y con el calor de la fe y del amor de Dios, y con deseo de la corona gloriosa del martirio, corrieron á gran priesa y se arrojaron en la calera, comprando con una breve y gloriosa muerte, una mas gloriosa y perdurable vida.

Mas volviendo al tiempo de Diocleciano, en esta sazón acaeció que se encendió fuego en el palacio del Emperador: lo cual creyó él con falsa sospecha que habia sido esto hecho por los nuestros. Por lo cual encendido con mayor fuego de ira, mandó que todos los fieles fuesen llevados en dos haces, y los unos fuesen descabezados y los otros abrasados. Pero la gracia de Dios encendia mas poderoso fuego en sus corazones que la saña en el corazon del Emperador. Finalmente, siendo preguntados por los oficiales cuáles dellos querian sacrificar y escapar con la vida, á todos pesaba, así hombres como mujeres, de ser preguntados; y de su voluntad unos se echaban en las llamas, otros á porfia tendian la cerviz al cuchillo. Y como los que presentes estaban tomasen horror de ver crueldad tan extraña, los ministros de la muerte sacaron de allí la parte de los que aun vivian y pusieronlos en una nao, y llevados á alta mar los arrojaron en las ondas. Y tanto creció su rabioso furor, que siendo sepultados los cuerpos de los criados de la casa real, abrian sus sepulcros y echaban sus venerables cuerpos en la mar, diciendo: Echémoslos en la mar, porque por ven-

tura no se hagan estos dioses de los cristianos, y esta loca gente que no quiere adorar nuestros dioses, adore nuestros esclavos.

Y como quiera que tan desmedidas crueldades se hiciesen en Nicomedia (do estaba el autor de tantos males, hambriento de las carnes de los cristianos), pero no ménos priesa se daban en la provincia de Malta y de Siria, en poner en cárceles á los príncipes de las iglesias por mandamientos imperiales. Y juntamente con ellos prendian muchos del pueblo, hombres y mujeres: tanto que por todas partes era lastimera y terrible cosa de ver. Porque súbitamente en pregonándose las provisiones reales, se hacia silencio en la ciudad y grande apretura de gente en las cárceles. Ningun hombre parecia por las calles; en las cárceles no cabian: tanto, que no parecian delincuentes presos, sino que todos los ciudadanos habian mudado morada; y las cadenas hechas para los ladrones y adúlteros y homicidas, entónces ceñian los cuellos de obispos y sacerdotes, diáconos y lectores, y religiosos monjes: tanto que para los verdaderamente culpados faltaban prisiones y lugar en las cárceles. Pero como se hiciese relacion á los príncipes que las cárceles estaban llenas y faltaba lugar para los malhechores, enviaron nuevas provisiones, mandando que de los que estaban presos quien quisiese sacrificar saliese libre, y quien resistiese muriese con graves tormentos.

Tales fueron las batallas de los gloriosos mártires en Tiro, á do habian venido de las partes de Egipto. Y no menores fueron las que en su provincia (digo en Egipto) vencieron otros bienaventurados, así hombres como mujeres, niños y viejos, despreciando la vida presente por la fe de la eternidad, y anhelando por la gloria verdadera que en ver á Jesucristo consiste.

Algunos dellos despues de azotados, encadenados, heridos y raidas sus carnes, fueron echados en el fuego; otros despeñados en las aguas, otros descabezados, inclinando ellos de su gana la cerviz al cuchillo, otros consumidos de hambre, otros enclavados en maderos, de los cuales fueron puestos muchos la cabeza abajo. No fué menor la crueldad que en Tebaida se ejerció, donde en lugar de rallo usaban cascos de vasos de barro, con los cuales raian de tal manera sus carnes, que las despojaban de todo el cuero. Las mujeres sacaban desnudas: tanto, que ni aun sus partes naturales cubrian, y con nuevo y afrentoso artificio las colgaban de un pié, la cabeza hacia el suelo, y allí las dejaban colgadas todo el dia. A muchos ataban los piés á dos ramos de árboles apartados (si acaso allí cerca los hallaban), y despues soltaban los ramos que habian doblgado, para que con su fuerza volviendo á su natural puesto, rasgasen por medio las entrañas de los fuertes guerreros. Y esto no pasó en pocos dias, ni en breve tiempo, mas por años enteros cada dia se martirizaban, cuando ménos diez al dia, y muchas veces ciento, hombres y mujeres y niños.

En esta sazón, pasando yo por las regiones de Egipto, vi con mis ojos presentar innumerable pueblo delante del ferocísimo presidente, sentado en su tribunal; á los cuales preguntaba uno á uno; y en respondiendo que era cristiano, este era todo el proceso, y luego le ponian aparte ya condenado. Y no obstante que todos de su voluntad, y á porfia unos ante de otros se le ponian delante, y libremente confesaban su fe, ni por esto, ni por contemplacion de tanta muchedumbre, el crudelísimo tiranno templaba su ira. Examinados todos, salieron jun-